CAPITULO VII.

La hemorroide.—La hija de Jairo.

Entre tanto, los mismos fariseos no perdian ocasion de recurrir al poder y á la bondad de Aquel á quien censuraban tenazmente. Es probable que Jairo, gefe de la Sinagoga de Cafarnaum, formara parte de los fariseos; pero tenia una hija, niña de doce años, que cayó enferma y que muy pronto estuvo en peligro de muerte. Jairo acudió á Jesus, que estaba enseñando entónces á orillas del mar de Tiberiades; se postró ante El, y con una fé imperfecta le suplicó que fuera á curar á su hija moribunda, persuadido por una parte de que Jesus podria y querria hacer eso, y creyendo miserablemente por otra que para ello era necesario su presencia y la imposicion de sus manos: Jesus, sin dirigirle reconvencion alguna, se levantó y le siguió.

Entre la multitud que corria siempre detras de El, habia una mujer de la ciudad de Cesárea, que sin duda habia ido á Cafarnaum á verle por lo que en todas partes se decia de El. Doce años hacia que aquella mujer padecia flujos de sangre, sin que los médicos, que la habian arruinado, la procuraran ningun alivio. Aquella mujer seguia pues, á Jesus no atreviéndose á presentársele ni á pedírle nada; pero llena de fé, y mas iluminada aún por aquella luz sobrenatural que por todo otro testimonio, se decia á sí misma: "Si yo puedo tocar solamente la orla de su vestido, quedaré curada." Llegó á tocarla, y en efecto, sintióse de repente sana, y de pronto tambien Jessus volviendo la cabeza, preguntó quién habia tocado su traje.

Y como todos se disculparan, lo cual indica el respeto que no cesaba de inspirar, aun cuando dejaba que la multitud le cercase, Pedro le

dijo: "Maestro, ves la gente que te rodea, ¿y preguntas quién te ha tocado?" pero Jesus continuó mirando á su alrededor, y repuso: "Algunó me ha tocado, porque una virtud ha salido de mí."

Las influencias de Jesucristo son incorporales y no salen materialmente de El para ir á los otros como si le abandonaran, así como la ciencia no abandona á aquel que la enseña para ir á los que la aprenden. Por eso Jesus se vuelve y pregunta, á fin de mostrar que aquella mujer está curada y cómo se ha curado honrando su fé "¿Quién me ha tocado?" Es decir, ¿quién me ha tocado por la fé y el pensamiento; porque esta multitud que me cerca no me toca, porque no se aproxima á mí ni por la fé ni por el pensamiento?

La hemorroide, asustada, se postró confesando lo que habia hecho, y Jesus la dijo: "Hija mia, ten confianza; tu fé te ha salvado; vete en paz." Aquella mujer ha llegado á ser su hija cuando ha tenido fé; su fé la ha curado, y no el hallarse versada en las Escrituras, dice Tertuliano, siendo esta una leccion para los Escribas. Y Jesus le ha pedido aquella confesion para dejarnos estas palabras y para que todos las oyéramos: *Confide, filia; fides tua te salvam fecit. Vade in: pace.* ¡A cuántas almas ha dado esta palabra la paz, la fuerza y la salvacion!

El primero cuya fé se acrecentó sin duda con ello fué Jairo, á quien en aquel momento se hizo saber que su hija habia espirado. Algunos le aconsejaban que no cansara mas al Maestro; pero él dijo: "Señor, mi hija ha muerto; ven, tócala, y vivirá." ¡Feliz padre! ¡Feliz sobre todo por haber hablado así! Unas palabras de Jesus fortalecieron su esperanza, y poco despues llegaron á la casa, donde se oian muchos gemidos y clamores. Empero Jesus dijo á las gentes que se lamentaban: "¿Por qué llorais? La jóven no está muerta; duerme."

Aquellas gentes empezaron á burlarse, porque habian visto morir á la niña; pero Jesus hizo que se alejaran, lo mismo que los músicos que habian acudido, segun la costumbre de los funerales; y quedándose solo con el padre, la madre y tres discípulos, Pedro, Santiago y Juan, cogió la mano de la muerta, y dijo: "Hija mia [la llamó hija á causa de la fé de su padre], levántate." La jóven se levantó y empezó á andar, y Jesus mandó que se la diera de comer, prohibiendo espresamente á los padres que divulgaran nada de lo que habian visto; pero le desobedecieron, como le desobedecian otros muchos que se hallaban en su caso. Jesus ordenó unas veces y prohibió otras, que se publicaran sus milagros, por razones no todas

conocidas, y entre las cuales la mas verosímil es la de que queria que sus discípulos aprendieran á ocultar, en cuanto les fuera posible, los dones que les hiciera, á fin de que se libraran del peligro de los aplausos. Pero ¿por qué ordenó que se ocultaran mas bien unos milagros que otros? No hay duda que lo quiso por motivos dignos de El, y nosotros debemos saber ignorar lo que El no ha creido oportuno darnos á conocer. Lo que entendemos basta; no necesitamos mas.

Los santos Padres han notado y nos han hecho comprender la misteriosa conexion de esos dos milagros que se cuentan en la misma página del Evangelio, y que, siendo los dos igualmente proféticos, cumplen á la vez las antiguas profecías. En el primer milagro, la cura de la mujer que padecia la hemorragia, obrada por el simple contacto de la vestidura del Salvador [en lo cual Nuestro Señor ha justificado el culto de las santas reliquias], se señalan desde luego dos cosas: un recuerdo del sacerdocio de Aaron, promesa del sacerdocio de Cristo, Sacerdote verdadero, y una figura esplendente de la Encarnacion. Se ha dicho que el óleo esparcido sobre la cabeza de Aaron corria hasta el estremo de su túnica y conservaba aun allí su virtud. La mujer enferma comprendió aquel símbolo: mas sábia por su fé que todos los doctores judíos por todas sus investigaciones, sin detenerse en la debilidad aparente de la naturaleza visible, creyó que el hombre de los milagros, que pasaba junto á ella rodeado y cercado por una multitud vulgar, era el mismo Dios, y que la virtud divina se desprendia de aquella vestidura de carne que tocaba á la tierra lo mismo que de la orla de su manto. Pues bien: la vestidura de Dios es su Encarnacion, por la cual el Verbo vistió nuestra humanidad, y las orlas de aquella vestidura son los dognas de fé que se desprenden de la Encarnacion.

Y aquella enferma que estiende la mano para tocar el traje de Jesus ántes de ser curada; aquella enferma que está perdiendo su sangre hace tantos años sin que los médicos que la han cuidado hayan hecho otra cosa que debilitarla y arruinarla; aquella enferma desesperada é impura es la Iglesia de los gentiles, entregada á la soberbia filosofía, á la falsa sabiduría, á la ciencia vana, á los crímenes, y que vá á morir si no aparece Aquel que es la esperanza del mundo. En vano ella pregunta á los hay médicos; no médicos para su mal; y Platon, Júpiter y César, solo tratan de quitarla sus bienes.

Por mucho que ellos la digan, por mas que ella haga, su sangre

corre siempre: para los judíos, la pérdida de sangre, que no pueden y no quieren contener, la hace impura, y solo se ocupan de aquella mujer para escluirla del templo á causa de su impureza y para mandarla se abstenga de ofrecer sacrificios al Señor. Debe, pues, morir, y vá á morir; pero entónces se muestra Jesus con toda su bondad, y ella se le anticipa con una fé sublime. No se dice al verle: *Acaso curaré*; sino que se dice: *Seguramente quedaré curada.* Le sigue entre la multitud de aquellos que le cercan y no le tocan, y que ántes al contrario, como dice San Pedro, "le oprimen y le afligen," porque su curiosidad le admira sin que sus corazones le pidan nada, y sobre todo le ofrezcan nada; le sigue, le toca para ser curada, y queda curada. Así la iglesia de los gentiles, dice San Leon, sin haber visto á Jesus en su carne mortal, pero habiéndole escuchado en sus Apóstoles, ha palpado, por decirlo así, el misterio de la Encarnacion; así la Iglesia, compuesta de nosotros los gentiles, dice tambien San Hilario, se apresuró tambien á recoger el don del Espíritu Santo, el fruto, el adorable fruto de la Encarnacion del Verbo, don que desciende de ella, como la orla desciende del trage que remata. Y así como, curada sin ser vista, Jesus llamó á la enferma para que oyera confirmar el beneficio, recibiendo el dulce nombre de hija, así la Iglesia de las naciones, á la que Jesucristo curó por medió de los Apóstoles sin haberla visto con los ojos de su cuerpo, ha recibido de El esta palabra de Padre: *Confide, filia.*

Debe notarse que cuando Jesus curó á la mujer de Cesárea no fué porque la buscara: ella le encontró en su camino por un decreto de la voluntad de Jesus, que ha dispuesto todas las cosas para instruir á los hombres. Jesus iba á otra parte; *seguia* á Jairo, que habia ido á pedirle la vida de su hija moribunda.

El nombre de Jairo quiere decir *iluminado* é *iluminante;* y por aquel nombre y por su cualidad de gefe de la Sinagoga, Jairo representa á Moisés: la hija de Jairo tenia doce años, y la hija de Moisés, la Sinagoga, tenia doce siglos: así como la hemorroide estuvo enferma doce años, así el gentilismo estuvo enfermo doce siglos, y mas y mas invadido por la idolatría, iba perdiendo en sí mismo las virtudes naturales, y vivia muriendo bajo el yugo de sus falsos maestros, á quienes pedia en vano la luz y la paz. La Iglesia, dice Rábano Mauro, estuvo enferma en tanto que la Sinagoga tuvo la lozanía de la vida; y cuando la Sinagoga se perdió por su infidelidad, empezó la salvacion de los gentiles.

Tambien á la Sinagoga moribunda le ofrecia Jesus la salvacion: no queria destruirla, sino cumplir lo que Moisés, su Profeta y su precursor, habia preparado. El seguia su camino, y decia á los judíos: "Los libros de Moisés contienen la historia de mi vida." *De me ille (Moisés) scripsit;* y en véz de establecer la Iglesia sobre la Sinagoga destruida, brindaba á la Sinagoga, engrandecida hasta adquirir las dimensiones del mundo, á que recibiera en su seno á todos los pueblos y que ella misma se convirtiera en la Iglesia. Hasta esta época de la historia de Jesus, Jesus, segun San observa Gerónimo, habia hecho siete milagros, y el octavo, complemento del número misterioso que espresa la Ley nueva, es decir, la nueva creaccion por la Redencion, debia ser la resurreccion de la Hija de Jairo, la renovacion, por un segundo nacimiento, de la Sinagoga, hija de Moisés. Pero la Sinagoga no creia, no pedia su curacion por la fé, y, con una prenda de fé, el humilde y fervoroso gentilismo ha de quitarla su puesto. La Iglesia, que es la última en pedir ausilios, es la primera que se ve satisfechar y se halla sustituida á la Sinagoga. David habia anunciado que la negra Etiopía, es decir, el gentilismo cubierto con sus innumerables vicios, tenderia el primero sus manos hácia el Señor, y el mismo Jesus dice á los fariseos que los publicanos y las mujeres de mala vida les precederán en el reino de los cielos. La salud destinada á la Sinagoga fué, pues, dada á la Iglesia, dice San Hilario; y así se realizó el misterio de la vocacion del gentilismo que le puso en posesion del beneficio prometido directamente á los judíos y rechazado por ellos.

Al reemplazar á la Sinagoga, el Hijo de Dios deja ver, sin embargo, que no la olvida: continúa su camino hácia la casa de Jairo, hácia la hija de Moisés, enseñándonos de antemano lo que San Pablo interpreta de un modo tan admirable en su epístola á los romanos: "¿Ha rechazado Jesus á su pueblo? No, no....Dios ha permitido la ceguedad de una parte de los judíos, á fin de que la plenitud de las naciones entre en la Iglesia; pero entónces se salvará todo Israel."

Todos los episodios del milagro confirman esta doctrina, bien que ademas se encuentren en él otros sentidos igualmente verdaderos y profundos, porque el carácter particularmente divino de la Escritura y sobre todo del Evangello, es una variedad inagotable en la unidad siempre subsistente de su enseñanza. Por esto es por lo que dicen los Padres que está figurado por los animales del Apocalípsis, animales cubiertos de ojos.

Al llegar á la casa de Jairo, el Salvador encontró á una multitud tumultuosa de curanderos y de tañedores de instrumentos lúgubres; aquella era la *manada* estéril de los rabinos que cercaban á los judíos por todas partes. Les llamaban los doctores de Israel, y no eran sino unos pobres músicos de los funerales de su espirante reinado, de su sacerdocio muerto, de su templo próximo á arruinarse. Ni siquiera conocian el sentido de los cánticos, que habian llegado á ser incomprensibles para ellos, y que entonaban el dia del sábado, que ha concluido como todo lo demas. Lo que ha muerto, muerto está, y ellos lo saben; pero no quieren saber que todo renacerá por la vida de Jesucristo, cuando Jesucristo traiga la vida. Jesus hace que callen aquellos parásitos, como inpondrá silencio á los que llenen de vanas palabras los oidos del muerto, cual si quisieran impedir que penetraran en ellos las palabras que son el espíritu y la vida, y que devuelven la vida á los muertos.

En la casa hay otro tumulto, tumulto de gemidos y de gritos. El pueblo judío, observa San Gerónimo, no es un pueblo que cree, sino que es un pueblo que se mueve. Jesus dice en la casa con su tranquila majestad: La jóven no está muerta; duerme:" y se burlan de esas palabras, cuya serenidad es ya un consuelo para las almas doloridas de los padres. Hé ahí á los hombres, dice San Hilario, cuya obra de conversion emprendió Jesus; hombres obstinados en no creer, dispuestos á burlarse de su doctrina; hombres á quienes tiene en fin, que arrojar lejos de sí, porque se hacen indignos de ver por mas tiempo sus obras. Los judíos no asistieron á la resurreccion de aquella que para ellos estaba muerta, y que para Jesus solo estaba dormida; porque ante El, que es la vida eternamente victoriosa, la jóven no se hallaba mas muerta que Lázaro, de quien dirá muy luego: "Está dormido;" aunque en aquel momento Lázaro estuviera dormido en el fondo de la tumba. Duerme; pero yo vengo á despertarle; voy á sacarle de ese sueño, y ese sueño me obedece como me obedecen el mar y los vientos. Yo llamo á la muerte, y la muerte viene; Yo la alejo, y se va; Yo la pido lo que la he permitido tomar, y me lo devuelve: *Vobis mortua est; mihi dormit:* Este es el comentario de San Gerónimo sobre las palabras pronunciadas por Jesus en casa de Jairo. La fé de los cristianos triunfará del fantasma de la muerte, y San Pablo les dirá, en el lenguaje de Jesus, que no dén á los que *duermen* sino el llanto que puede verter la esperanza puesto que aquellos que *se han dormido* en Jesucristo resucitarán con El.

Y por eso la descendencia católica de Adan llamará *mansion del sueño* á los campos enriquecidos con las bendiciones, á esos campos en los que su polvo descansa para renacer formando otros tantos hijos inmortales protegidos por la cruz.

Para obrar la resurreccion, Jesus mantiene á su lado al padre, á la madre y á sus tres discípulos, porque los judíos serán resucitados en virtud de la promesa hecha á Moisés, recibiendo la vida por la predicacion y la doctrina de los Apóstoles; coge tambien á la jóven por la mano, porque solo la mano de Jesus puede devolver la vida á los judíos, cuya mano le ha dado á El la muerte. Y cuando la muerta se levanta y anda, ordena que se la dé de comer, es decir, que se la dé el alimento sagrado de los cristianos, la Eucaristía, y que la Sinagoga beba en la nueva copa en que beben ya juntos los gentiles y los samaritanos, á fin de que todos tengan la vida y la abundancia eterna de la vida.

Tal es el sentido profético de la resureccion de la hija de Jairo, resurreccion que se halla en armonía con la cura de la suegra de Simon Pedro y con toda la obra de Jesus; pero tiene tambien otro sentido, como lo hemos de ver mas adelante.

Al salir de la casa de Jairo, Jesus encontró á dos ciegos que clamaban: "Hijo de David, ten misericordia de nosotros;" y aunque pareció que Jesus no les oia, ellos le siguieron hasta su morada. Al llegar allí, Jesus les preguntó si creian que El podia hacer lo que ellos deseaban; y como le respondieran: "Sí, Señor," tocóles los ojos con las manos, diciendo: "Hágase segun vuestra fé;" y sus ojos se abrieron en seguida. Presentáronle á un hombre que estaba mudo por el poder del demonio; y como aquel enfermo no tenia ya su libertad, le curó sin preguntarle nada; le curó como se administra el bautismo á los niños. El pueblo, lleno de admiracion, esclamaba: "¡Nunca se ha visto en Israel cosa semejante!" Los fariseos reconocian sus milagros, porque no les era dado negarlos, pero decian: "Por Belcebú príncipe de los demonios es como arroja los demonios;" y cuando los fariseos decian eso, Jesus habia curado enfermedades, habia arrojado á los demonios, habia hecho retroceder á la muerte. Pero la impiedad del orgullo en nada creia.

CAPITULO VIII.

El paralítico de la Piscina.—Magdalena.

Jesus, siempre enseñando y curando en su camino, se dirigió á Jerusalen para una fiesta solemne. Sabia que allí volvería á encontrarse con otros fariseos, tan enemigos suyos como los de Galilea, y mas poderosos que estos. Ya desde los milagros de Cafarnaum los fariseos formaban conjuraciones contra El, no porque les hubiera atacado mucho todavía, sino porque predicaba otra penitencia, practicaba otras obras y llevaba otra vida que la que ellos hacian. Acusábanle de blasfemo, y su caridad les suministró motivo para imputarle otro crímen. El milagro cuya narracion va á leerse es uno de los mas notables de la vida del Salvador por su importancia y por el grave sentido de las circunstancias en que se realizó.

Existia en Jerusalen una Piscina célebre por las gracias que Dios concedia en ella: llamábase la *Piscina de Bethsaida*, en griego Piscina *probática* ó de los corderos, y sin duda se la habia dado ese nombre porque los sacerdotes lavaban allí los corderos destinados al sacrificio. Por otra parte, Bethsaida significa *casa de misericordia*. Era aquel un receptáculo de aguas pluviales rodeado de cinco galerías, bajo las cuales se reunia gran número de enfermos, ciegos, cojos y éticos que esperaban que las aguas se pusieran en movimiento [porque en ciertos momentos del año se agitaba repentinamente el agua por la accion invisible de un ángel]; y el enfermo que descendia el primero á la Piscina despues de aquel flujo de las aguas, se encontraba curado en el instante, cualquiera que fuese su enfermedad.

Semejante á aquellos enfermos que, reunidos bajo las cinco galerías de la Piscina, esperaban que el agua les devolviera la salud, el pueblo judío, separado de los demas pueblos y encerrado en los cinco libros de Moisés, esperaba al Redentor. Aquel pueblo habia tambien en-